

María Andreolli

**De Duendes
y Gaviotas**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2014

Andreolli, María

De duendes y gaviotas. — 1a ed. — Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Dunken, 2014.

64 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-02-7799-6

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Dedicado a André, mi gran inspirador.

Cuentos e ilustraciones: María Andreolli

Corrección Literaria: Susana Panza

Impreso por Editorial Dunken

Ayacucho 357 (C1025AAG) — Capital

Federal Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300

E-mail: info@dunken.com.ar

Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.

723 Impreso en la Argentina

© 2014 María Andreolli

E-mail: mariaandreolli@hotmail.com

ISBN 978-987-02-7799-6

PRÓLOGO

Escribir es una manera de crear mundos que tal vez algún día aparezcan frente a nuestros ojos. Y escribir cuentos es repartir invitaciones para compartir esos mundos con los demás.

En este libro, la maravilla está en que el mundo del cual se habla existe y puede visitarse.

La emoción que transmite cada capítulo, ante la sorpresa inocente que el personaje siente con cada descubrimiento, me hizo olvidar que la escritora es una amiga que la vida me regaló.

La combinación de lo mágico y lo real hace que el lector quede atrapado por las historias y sea él quien decida qué parte es fantasía o realidad.

Sin duda, al llegar a la página final surgirá la curiosidad por descubrir, en el mapa de Argentina, si el Balneario Parque Mar Chiquita es un lugar que existe en verdad o es una creación de la escritora.

LA LLEGADA

—¡Este verano, nos vamos de vacaciones a un lugar nuevo!— anunció mi papá mientras festejábamos el Día del Niño. Aunque insistimos con la pregunta: —¿Dónde? — nunca lo dijo, sería una sorpresa para todos.

Nuestras vacaciones familiares, hasta aquel verano, siempre fueron en las sierras cordobesas. Con mis hermanos, disfrutábamos del río y de las sierras. Sin embargo, mi deseo de todos los veranos era conocer la playa. Me imaginaba jugando con la arena, revolcándome con las olas, viendo la salida del sol en el horizonte... Ahora, la sorpresa de papá alimentaba nuevamente mi sueño.

Ese año pasó lento. Llegó la primavera, festejamos el Día de la Familia en el colegio.

La Navidad se hacía esperar... Yo sabía que al llegar la Navidad, faltaría muy poquito para preparar los bolsos e irnos.

¡La Nochebuena fue maravillosa! Familiares, vecinos y amigos festejaron en nuestra casa. La alegría y la curiosidad invadían todas las conversaciones. ¡Mis primos no podían creer que ninguno de nosotros supiera adónde íbamos!

Luego de un par de semanas, llegó el momento de preparar el equipaje. — ¿Qué ponemos en el bolso? —preguntábamos. —Lo mismo de siempre, pero no se olviden del traje de baño, los baldes y palitas —respondió papá.

Mmm... ¡Eso era una pista! ¿Mi sueño se haría realidad?

Salimos una mañana, muy temprano. La ruta era desconocida para todos. El sol nos acompañaba por la otra ventanilla. Eso nos decía que no íbamos, como en los viajes

anteriores, desde la Ciudad de Buenos Aires hacia la provincia de Córdoba, sino en el sentido contrario.

Luego de una pequeña siesta matutina, paramos a desayunar en un lugar muy bonito. Mi papá nos dijo: “Sólo dos medialunas para cada uno. Llevaré una docena para cuando lleguemos”.

De vuelta en la ruta, con mis hermanos nos entretuvimos jugando a contar autos por color, al “piedra, papel o tijera” y al “adivina, adivinador”.

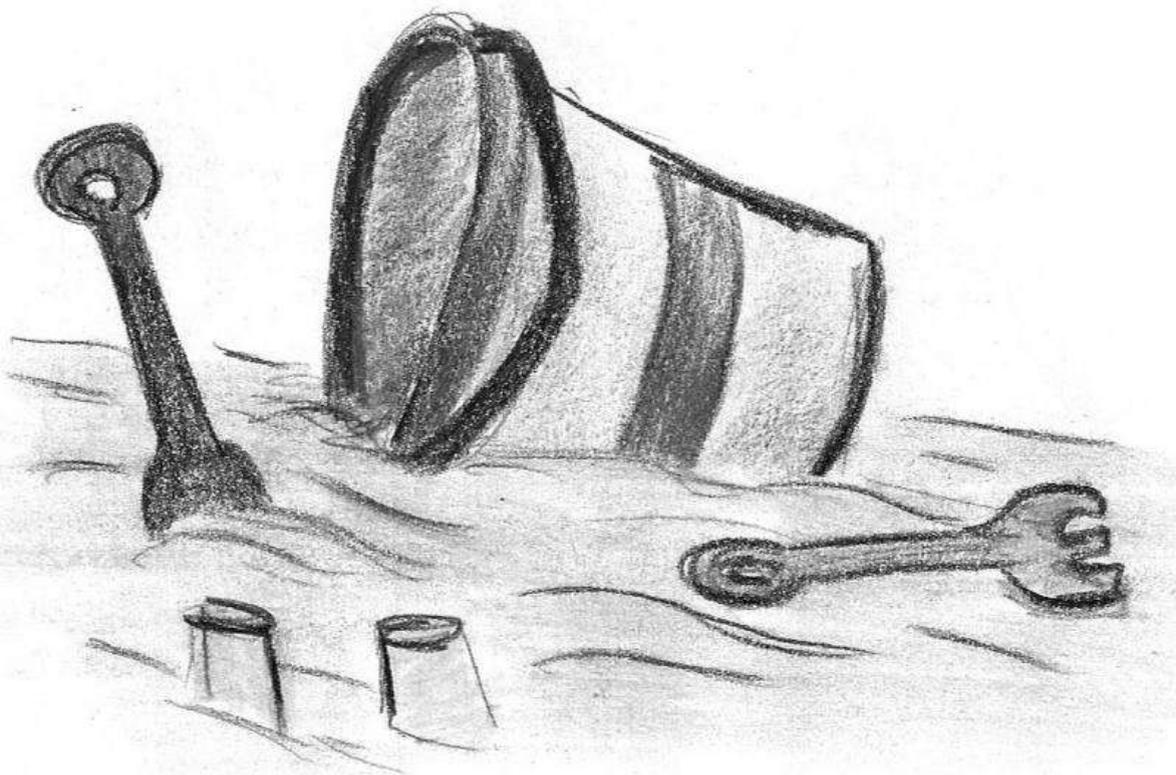
Pasaron algunas horas de viaje, cuando mi mamá nos propuso otro juego: teníamos que cerrar los ojos por un rato.

Cuando los pudimos abrir, estábamos frente a una laguna enorme, con playa de arena, botecitos y muchos pescadores. — Ahora, miren a la derecha— dijo mamá. ¿Qué era eso? ¡La laguna tenía olas! Quedamos muy

sorprendidos ante ese paisaje. Empezamos a caminar y poco a poco podíamos oír más claramente un sonido que no nos resultaba familiar.

— ¡Bienvenidos a Mar Chiquita! —dijo papá. —A su derecha, el mar. A su izquierda, la laguna.

¡Por primera vez comprobé que los sueños se cumplen!



¡UN AMIGO INESPERADO!

Era una tarde de vacaciones en Mar Chiquita, cuando le pedí permiso a mi mamá para salir a andar en bicicleta. — ¿Sola? — preguntó mamá. —Sí, sola —respondí. Porque en el Balneario Parque, los niños pueden andar solos en bicicleta.

Las calles son de piedritas y arena, salvo una, que es asfaltada. A esa calle la llaman: La Principal. Es un gran nombre para una calle, aunque en realidad se llama Av. San Martín, pero todos en el pueblo prefieren llamarla: La Principal.

De norte a sur, crucé varias veces la avenida. Primero mi recorrido fue desde la laguna hasta el campo. Cada tanto me corría un perro de algún vecino, pero yo pedaleaba rápido y lograba dejarlo atrás.

Cuando decidí cambiar de recorrido, fui de este a oeste, es decir desde el mar hacia el continente. Allí la cosa se me complicó... Las calles, en este sentido, tienen muchas diagonales y pequeñas plazas triangulares, así que me perdí varias veces. De hecho, la última vez que me perdí, conocí un amigo nuevo.

Parada en una esquina, tratando de encontrar la calle correcta para seguir mi camino, oí una vocecita que me recomendaba una diagonal. Miré, pensando que tal vez era algún chico de la playa que me había reconocido. ¡No, nada de eso! Se parecía a un niño, pero no lo era...

Alguna vez, mamá y papá me habían contado cuentos de Hadas y Duendes, y esta personita se parecía mucho a ellos. Me acerqué a charlar. — ¿Quién sos? —le pregunté. —Soy Juan, uno de los duendes de Mar Chiquita —respondió sonriente. — ¿Es la primera vez que venís, no? —preguntó. —Sí, es

la primera vez que vengo a la playa —respondí. Hablamos un rato largo con Juan. Me contó de los atardeceres interminables del verano, de los árboles de eucaliptos que perfuman las calles, de los arcoiris grandilocuentes que cruzan la laguna, de las copiosas lluvias de primavera y de los miles de pájaros que viven en el Balneario. Incluso me confió que era muy amigo de una *gaviota cocinera*, llamada Graziana. Me preguntó si la conocía. —Yo vi un montón de gaviotas en la playa —respondí. — No todas las gaviotas son *cocineras*, también están las *cangrejeras*. Son muy distintas —me aclaró. Juan me habló también de la importancia de cuidar las madrigueras de las *liebres* y de las *comadrejas*. Que los agujeros que yo veía en la tierra eran los nidos de las *lechuzas vizcacheras* y los de barro, en los árboles, eran las casitas de los *horneros*.

Mi nuevo amigo me confesó que a los duendes no les gusta hacerse ver, que sus casitas están ocultas en la isla del Charco,

en el último puente, y que durante los días de verano, se quedan adentro o juegan entre los arbustos. En el otoño comen unos hongos marrones que crecen en las noches de luna llena, que sólo ellos saben reconocer. También me describió los largos inviernos, cuando las noches son muy frías. Su juego más divertido es el de correr las liebres durante las noches sin luna. —¡No sabés la niebla que se levanta cuando corremos!— me contó riendo a carcajadas.

— Los duendes de Mar Chiquita somos amistosos pero, al igual que los guardaparques, somos guardianes de nuestro lugar y nos enojamos mucho cuando las personas grandes o los niños lastiman a nuestros animales o a nuestras plantas — me dijo muy serio. Entendí que Juan y sus amigos aman este pueblo y que por eso lo cuidan y lo respetan.



Esto último me hizo recordar que en mi escuela de Buenos Aires, siempre hablamos con la maestra sobre el respeto hacia nuestro planeta: eso es hacia las personas, los animales y las plantas.

CEMENTERIO DE CARACOLES

Cuenta la leyenda, que si encontrás un caracol en la playa, cuando apoyás tu oreja en él podés escuchar el sonido del mar. ¡Incluso, si estás en medio de la ciudad!

Mi primer verano en la playa debía incluir escuchar el sonido del mar a través de un caracol, pero habían pasado cinco días de mis vacaciones y no encontraba ningún caracol grande. Encontré muchos; todos chiquitos. La mayoría era de color rosa, algunos blancos, y muy poquitos de color marrón. Ninguno de ellos me servía para escuchar el mar cuando volviera a mi casa, en la ciudad.

Una noche, mientras tomábamos un helado en La Principal, escuché que una nena le contaba a otra: —Al amanecer iremos al Cementerio de Caracoles... Mi cabeza se llenó

de preguntas tales como: ¿Qué? ¿Existe un Cementerio de Caracoles? ¿Dónde? ¡Quiero ir!

Disimulando me acerqué a las nenas y, sin vueltas, les pregunté dónde era ese Cementerio. Una de ellas, llamada Vanina, me contó: — Queda sobre la playa, camino a Mar de Cobo, el pueblo vecino, pero sólo se pueden encontrar caracoles grandes si uno llega al amanecer, porque más tarde, cuando sube la marea, el Cementerio queda escondido bajo el agua.

Esa noche no paré de pedirle a mi papá que me acompañe. — ¡Por favor, Papi, llevame al Cementerio de Caracoles! ¡No te pido nada más!

Mi papá tenía tanta curiosidad como yo, así que aceptó rápidamente.

Me fui a dormir tan entusiasmada, que me costó conciliar el sueño. Imaginaba cómo sería

mi caracol, su color, su tamaño y el sonido del mar que me regalaría.

Era de noche cuando papá me despertó. — ¡Arriba, vamos por tu caracol! —dijo. Me abrigué y me puse zapatillas, porque en la costa bonaerense, incluso en verano, a la noche refresca. Caminamos un montón hacia el sur. Una brisa suave acariciaba mi cara. Cada tanto y sin saber por qué, una lágrima corría por mi mejilla. ¡Yo estaba tan contenta! Quería correr hasta el Cementerio, pero papá me aconsejaba ir despacio para no cansarme. Luego de una larga caminata, vimos un grupo de personas mayores y niños metidos en el agua. Todos miraban para abajo. — ¡Es ahí, papá! —exclamé. — ¡Estoy segura!

Ya estaba asomando el sol en el horizonte, cuando nos acercamos. El lugar se parecía a una plataforma de barro resbaloso, lleno de agujeros. Vanina, sus papás y otra familia, ya tenían caracoles enormes en sus manos.

¡Qué maravilla! A los resbalones subí a la plataforma, agarrada de una mano de mi papá y busqué el caracol que sería sólo para mí. El mar comenzaba a subir y a cubrir los agujeros; tenía que apurarme. De repente, el agua se corrió y apareció un caracol de color naranja, lustroso, divino. — ¡Este! —le dije a papá. Le pedí permiso al mar para poder llevármelo porque, en poco tiempo, ese caracol estaría en mi habitación de la ciudad, ya no volvería a la playa.

Sentí que el mar me lo regaló con afecto; adivinó que lo iba a cuidar.

Le saqué el agua y, cuando apoyé mi oreja en él, pude escuchar el hermoso sonido de las olas de Mar Chiquita.



¡ATENCIÓN, TERITO CRUZANDO!

Volver a casa, después de un intenso día de playa, encierra varios sentimientos. Por un lado, el cansancio de haber estado jugando todo el día bajo el sol y, por otro, no querer que ese día fantástico termine.

Una tarde, cuando regresábamos de la playa, fuimos sorprendidos por una familia de teros o como en realidad se llaman: *Teru teru*. El grupo familiar estaba compuesto por un papá, una mamá y un pichón. ¡Grande fue el susto, cuando escuchamos unos chillidos y un revoloteo alrededor nuestro! ¡El papá tero nos enfrentó con todas sus fuerzas! ¡Abría sus alas y nos apuntaba con sus espolones rojos!

Nosotros no entendíamos qué pasaba. Mamá nos tranquilizó. Como ella conocía el comportamiento de estas aves, nos alejó de

su camino y nos invitó a quedarnos quietos y callados para mirar qué hacían.

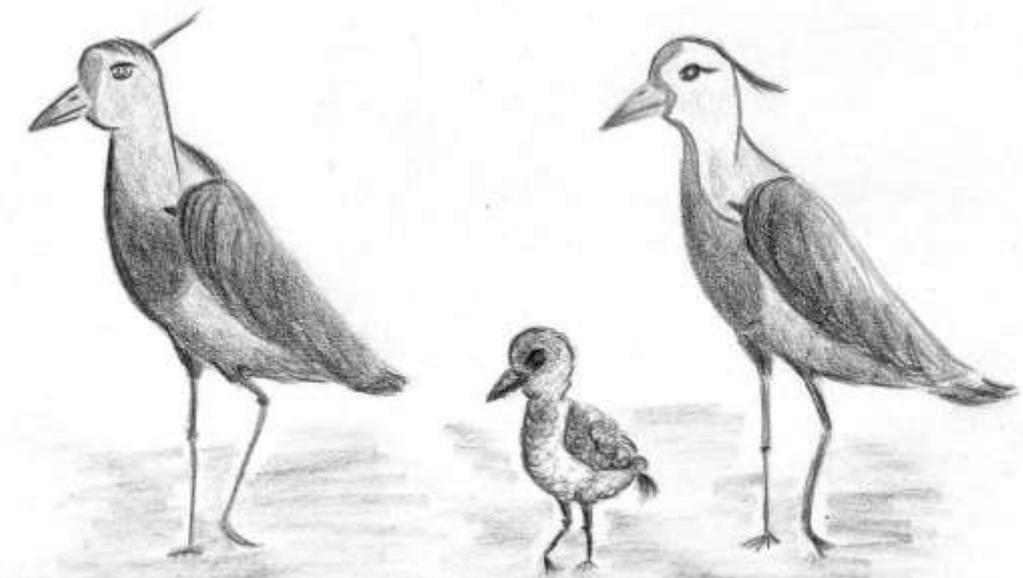
Así fue, en silencio, acomodamos todas las cosas playeras en el piso. Con las mallas, aún mojadas, nos sentamos en la calle de piedritas y arena. Todavía asustados, comenzamos a observarlos.

El papá tero volaba pocos metros por delante del resto. Cuando bajaba, comenzaba a gritar. El pequeño, caminando ligerito, iba hacia donde lo dirigía el llamado. La mamá tero, que había quedado por detrás, lo seguía para que no se desviara del camino. ¡Qué reto recibía el terito cuando intentaba, cada tanto, desviarse y curiosear a su alrededor! Ante tanto griterío, el pichón no tenía más remedio que volver a su camino y continuar hasta donde lo esperaba su papá.

—¿Por qué se enojó tanto el papá tero?— pregunté. —Porque somos una amenaza para su hijo —respondió mamá. —Nosotros nos

cruzamos en su ruta y los padres temieron que le hiciéramos daño a su cría —agregó papá.

Cuando los pichones crecen y salen del



nido, los papás les enseñan a buscar comida y a conocer la zona. Para los pequeños hay muchos peligros: otras aves, los perros,

los autos, también las bicicletas pueden lastimarlos.

El pichón tardó tanto en llegar a destino, que a nosotros se nos hizo de noche. Las ranas y los grillos comenzaron a cantar, la luna, que se veía finita como una sonrisa, anunciaba que debíamos retomar nuestro camino hacia la casa. —Cuánto trabajo tienen esos papás, ¿verdad? —comentó mi hermana. —Todos los papás estamos atentos para que a nuestros pequeños no les pase nada —dijo mamá con un guiño.

La próxima vez que me cruce con una familia de teros, voy a esperar a que el pichón llegue a su destino, así sus papás no tienen que preocuparse tanto.

EL EXQUISITO Y EL COLADO

¡Qué hermosos son los flamencos rosados, mamá!, grité una vez en el Zoológico.

Aquella visita al Zoo, incluyó una foto familiar donde, detrás de nosotros, se veían varios flamencos rosados en cautiverio. Ahora, en estas vacaciones, los flamencos rosados, en libertad, resultan ser parte del paisaje cotidiano.

Esas aves tan bellas, de patas largas, pico curvo y actitud extravagante, habitan en pocos lugares del mundo. Se mueven en bandadas y, al levantar vuelo, sus alas desplegadas muestran una franja negra, que parece señalar su nuevo rumbo.

En el Charco, lugar que rodea la isla donde viven los duendes de Mar Chiquita,

hay un montón de *flamencos australes*. Sí, así se llaman. Todos les dicen rosados, por su color, pero un guardaparque nos enseñó el verdadero nombre. Caminan lentamente, rastrean el barro con su pico buscando comida, y son muy especiales. No les gusta ser molestados, aunque les encanta que los observen y les saquen fotos. ¡Hasta parece que posaran!

Juan, mi amigo duende, me contó que en el invierno, cuando queda muy poca gente en el Balneario, se juntan más de cincuenta flamencos y ha podido acercarse mucho a ellos. Incluso, les cantó canciones. Juan espera algún día llegar a ser amigo de un *flamenco austral*, como lo es de una *gaviota cocinera*. Su sueño es que uno de ellos lo lleve a volar, para ver su casa desde el aire. Me dijo que sus picos son muy fuertes y que sus patas son resistentes, como palos de escoba. ¡Qué gracioso es Juan! ¡Me hizo imaginar a los flamencos moviéndose como robots!

Junto a los flamencos, en el Charco, habitan los *teros reales*. Son aves pequeñas, de patas rosadas y pico muy largo. Andan siempre metidas en el fango, comiendo durante todo el día. La gente suele confundirlos con otros pajaritos, principalmente por su tamaño. Sin embargo, cuando uno observa con mucha atención, puede reconocer un *terito real*.



La convivencia de las dos especies de aves es muy armoniosa. Comparten un mismo espacio natural, comen, disfrutan y se acompañan sin problemas. Son muy diferentes, pero eso no las hace rivales, parece que se complementan.

Unas son altas, rosadas y exquisitas; las otras son pequeñas, negras y sencillas. Sin embargo, en su hábitat, son perfectamente hermosas.

Cuando pasábamos por el Charco con mi familia, siempre hacíamos silencio para poder sacarles fotos a los *flamencos australes*. Y, claro está, los *teritos reales* aparecen retratados junto a ellos, como colados de fiesta.

CANCIÓN DE LAS RANAS

Dicen que las ranas le cantan al amor. ¿Al amor? Así parece, porque hay muchos cuentos de hadas, donde las ranas son protagonistas de historias de amor. Sin embargo, en Mar Chiquita, las ranas cantaron todo el verano y creo que sólo cantaron porque les gusta hacerlo. La primera vez que las escuché, me invadió una gran curiosidad. ¿Cómo serían? Por el sonido que escuchaba, las imaginé grandes, con el buche muy, pero muy inflado. ¿Dónde se escondían para cantar?

Una noche de mucho calor, me decidí y salí a descubrirlas. Le dije a mi hermano mayor si me acompañaba. Pedimos prestada una linterna grande y nos pusimos en marcha. Comenzamos nuestra búsqueda alrededor

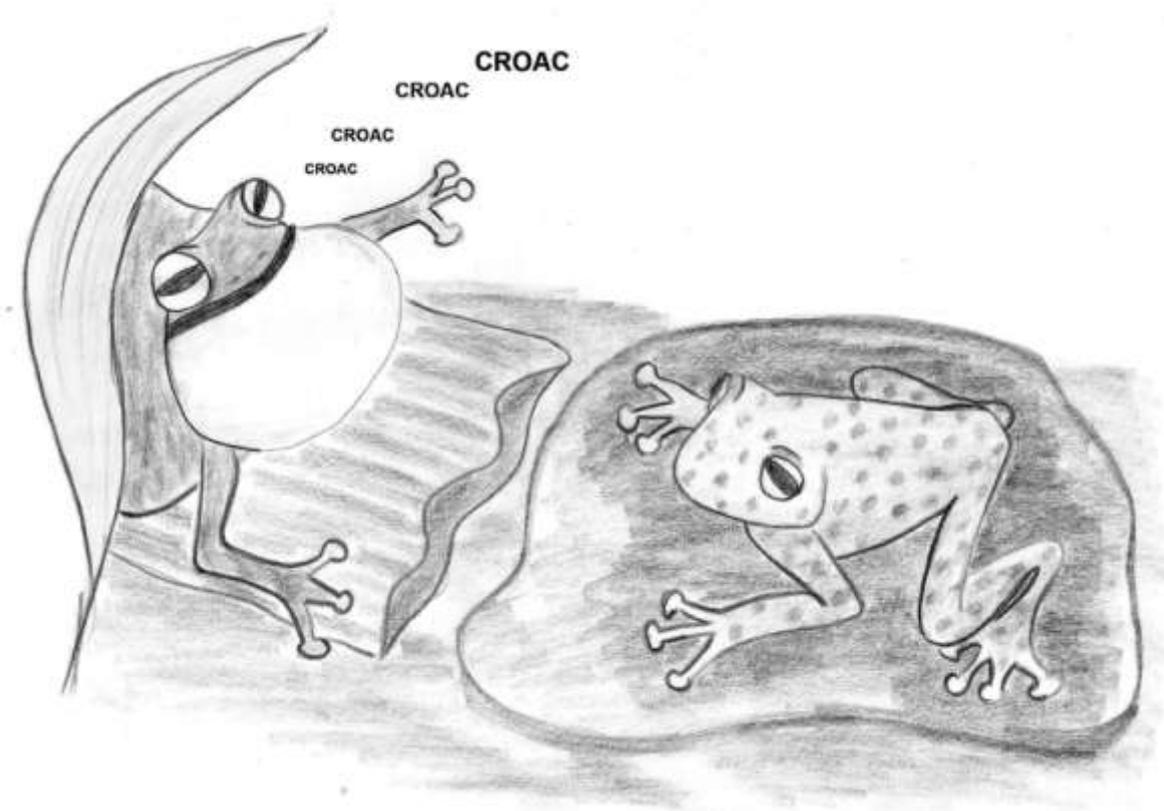
de la casa. No encontramos ninguna. ¡Aguzábamos nuestros oídos, porque su *croac, croac* parecía estar por todas partes!

—Tenemos que ir para otro lado —dijo mi hermano. Así fue que comenzamos a caminar hacia la laguna. El croar de las ranas, cada tanto se mezclaba con el sonido de alguna bandada de gaviotas que se trasladaba desde el mar hacia la albufera. Buscamos entre los pastizales, atrás de los árboles, junto a los postes de luz de la calle... ¡y nada! Llegamos a la laguna. Iluminando con nuestra potente linterna alcanzamos a ver cangrejos, gaviotas, lisas saltando en el agua, bichitos de luz, y algún que otro perro vagabundo. A los mosquitos no los veíamos, pero ¡ay!, estaban. De las ranas, ni noticias.

¿De dónde venía ese sonido? Parecía que las ranas estuvieran volando; pero, hasta donde yo sé, saltan, no vuelan. Decidí cerrar mis ojos y concentrarme en el sonido más

grave, ese que se parece al reto de mi papá cuando está enojado. Entonces, el canto nos llevaba hacia una esquina, donde había una casa con un estanque iluminado. El *croac, croac* era casi ensordecedor, nos pareció que había millones de ranas cantando fuerte, tan fuerte, que les iba a explotar el buche. El dueño de la casa no estaba, así que nos asomamos discretamente a través de la cerca. ¡No pudimos ver ni una sola rana! El sonido existía, pero... ¿y las ranas? Mi hermano prendió la linterna y comenzó a iluminar el estanque. ¡Sorpresa! A la orilla del estanque, sobre las piedras, entre las hojas de las plantas, en los árboles, estaban ellas; eran diminutas pero, al cantar, el buche se les inflaba tanto que se duplicaba su tamaño. ¡Qué hermosura! Tan chiquitas y capaces de hacer tanto ruido; resultaba difícil de creer. Cuando apagamos la linterna, pudimos ver la luna reflejada en el estanque. ¿Será que le cantan a la luna? Tal vez las ranas,

enamoradas de la luna, cantan muy fuerte para que ella las escuche...



Volvimos felices a la casa, tratando de recordar de qué colores eran, cómo se quedaban quietas cuando las iluminábamos, cómo se movían y se escondían.

Al llegar, papá nos contó que las ranitas siempre andan por donde hay agua, en los estanques o en los charcos. También nos contó que, de noche, se acercan a los faroles porque comen insectos y, como los insectos son atraídos por la luz, aprovechan, suben por la pared hasta estar cerca del farol y ¡zas!, se hacen un festín.

Esa noche y todas las noches de mis vacaciones en la playa, me dormí acompañada del canto de las ranas, imaginando que tal vez algún día la luna les dedicará una sonrisa.

FIESTA EN LA BOCA

¡Las vacaciones sin una fiesta, no son vacaciones! Aparentemente, a los adultos les gustan mucho las fiestas en vacaciones. Será porque durante el año, con el trabajo y todas las obligaciones que tienen con sus hijos, siempre están cansados y cuando están lejos de casa, buscan algún festejo con baile. En ese momento entendí por qué mis papás se pusieron tan contentos cuando leyeron el cartel que estaba pegado en la panadería: “Gran Fiesta de Temporada. ¡Todos están invitados!”.



El sábado llegó muy rápido. Nuestros días de arena y mar eran muy cortos cuando estaba soleado. Con mis hermanos y los nuevos amigos, jugábamos en la playa hasta que nuestros cuerpos se veían como fantasmas oscuros.

— ¡Hoy es el gran día!— anunció papá. — ¡Sí, hoy tenemos fiesta! —agregó mamá. Rapidito y sin demostrar una gota de cansancio, uno a uno fuimos pasando por la ducha. ¡Qué fiaca! Como yo soy la más chica de la familia, siempre me toca bañarme primero. Lo lamentable es que luego todos tardan tanto, que no puedo evitar dormirme mientras los espero.

Esa noche abandonamos por un rato el short y las ojotas. Mamá nos puso ropalinda, perfume y sandalias. ¡Qué bien me quedaba el vestido naranja! Estaba bronceada, pero hasta ese momento no lo había notado. Mi hermana se puso un vestido rosa y mi

hermano un jean azul, chomba verde y zapatillas rojas, limpiísimas.

Llegamos temprano al balneario de La Boca. Había poca gente, así que mis papás eligieron una mesa cerca de la ventana. La Boca, en Mar Chiquita, no es solamente lo que tenemos en la cara y que abrimos para hablar, comer o bostezar. La gente llama así al lugar donde desemboca la laguna en el mar. De noche sopla mucho viento, así que con mis hermanos elegimos quedarnos adentro del bar.

De a poco, fueron llegando muchos turistas y vecinos. Con los grandes, también llegaron los chicos, así que el encuentro de juego en la playa continuó.

A la medianoche, cuando nuestros juegos se mezclaban con pasos de bailes, aparecieron nuevos amigos. Nos llamaron la atención porque su ropa era muy diferente a la nuestra. De repente y casi sin darme cuenta, me encontré bailando con Juan, el

duende. ¡Qué contento estaba Juan! — ¡Me encantan las fiestas! —decía. Yo lo había notado, porque vi la sonrisa dibujada en su rostro y no paraba de saltar y moverse.

Todos los chicos, junto con los duendes, hicimos una ronda y bailamos al ritmo de la música. Los duendes entraban y salían de la ronda, haciendo pasos y saltos muy originales.

Esa noche nos divertimos mucho. Descubrí que había infinidad de duendes. Duendes de ojos verdes, pelirrojos, con rulos, con pelo lacio y hasta pelados. Duendes flacos, gordos, morochos y rubios. Otros tenían anteojos y sombrero. Incluso, una duendecita, ¡tenía un vestido del mismo color que el mío!

CHIFLA, LA CHIFLONA

Era una tarde de domingo, cuando me encontré en el Charco con Juan, el duende. En esa ocasión, me acompañaba otro amigo, Vincent, el perro lanudo de mi vecino. Jugamos un rato largo a las escondidas, a los piratas y al que se mueve, pierde. Se ve que los perros no saben esconderse bien, porque a Vincent siempre lo encontrábamos. — ¿Quieren ir a la plaza? —propuse cuando nos cansamos de esos juegos. —No, hay mucha gente— me contestó Juan. —Te propongo competir, a ver quién chifla más fuerte— dijo. — ¿Chiflar? —pregunté sorprendida. —Las nenas no solemos chiflar, Juan —le dije seria. —Si querés, te puedo enseñar —me desafió.

Antes de responder me detuve a pensar... ¿Las nenas, chiflan? ¿Por qué no es común

que las nenas chiflen? ¿Podremos chiflar las nenas? Mis preguntas no encontraban respuestas, así que acepté. Juan empezó a hacer sonidos muy raros y muy graciosos. Algunos graves, otros agudos. Algunos con la boca abierta y otros mostrando los dientes. ¡Hasta se metió dos dedos doblados adentro de la boca! Realmente quedé impresionada por los sonidos que se pueden hacer con nuestra boca. — ¿Cuál querés probar? — me preguntó, agrandado. — No sé, todos son lindos y raros... — contesté. De repente, Juan giró y comenzó a hacer un chiflido raro, pero muy raro... flui, fluiii, fluiii, fluuuuuu, flui, flui fluuuuu. — Yo escuché eso mismo desde mi casa. ¿Eras vos? — pregunté intrigada. — No, así hace la *garza chiflona*. Yo aprendí a imitarla — dijo sonriente. — ¿La garza qué...? ¿Existe un ave que chifla?

Una vez más, tuve que pedirle a mi amigo duende que me cuente qué animal es y cómo lo distingo.

Juan se había convertido en un excelente maestro contándome cosas de Mar Chiquita. ¡Había tanto por descubrir!

Nos sentamos a la orilla del Charco, con los pies metidos en el fango. Vincent metió sus patas lanudas y movía la cola. Juan agarró una rama y comenzó a dibujar en el lodo un ave, con unas plumas paradas en la cabeza, pico largo y finito. Me dijo que es de color gris plateado y que tiene patas largas, como todas las garzas. Siempre anda en pareja y su voz es un chiflido. Me contó que al llegar la



primavera, cuando no hay mucha gente en el Balneario, las garzas recorren todos los jardines, chiflando de aquí para allá. En el verano, no les gusta ser vistas, así que se van a lugares más solitarios. —¿Por qué chiflan? —pregunté. —Porque es su forma de comunicarse —respondió.

Las charlas con mi amigo siempre eran atrapantes y yo me quedaba horas escuchándolo. Cuando el sol comenzó a ocultarse, con Vincent nos despedimos de Juan. Yo iba con la esperanza de encontrar una de esas garzas en el camino de regreso a casa. No la encontré esa tarde, ni ningún día de mis vacaciones. Sin embargo varias veces, volviendo a casa, solía escuchar ese flui, fluiii, fluiii, fluuuuuu, flui, flui fluuuuu. Nunca pude verificar si era Juan, que me hacía un chiste, o en verdad eran las *garzas chiflonas*, que estaban de gran charla.

¡AMANECER, ATARDECER Y HELADOS PARA TODOS!

La salida del sol sobre la línea del horizon-te, en el mar, es un momento mágico que sucede cada día. Sin embargo, para poder disfrutarlo, hay que hacer el esfuerzo de le-vantarse temprano, abrigarse y disponer de paciencia, mucha paciencia.

Una noche, papá propuso ir a ver la salida del sol a la mañana siguiente. Nosotros nunca la habíamos visto, porque estas eran nuestras primeras vacaciones en la playa. ¡Estábamos muy entusiasmados!

Luego de cenar, nos fuimos a dormir muy temprano. El canto de las ranas y el sonido del mar, eran una canción de cuna que nos arrullaba. Casi sin darnos cuenta,

la conversación con mis hermanos comenzó a silenciarse, hasta que uno a uno, nos quedamos dormidos.

Estaba oscuro cuando papá y mamá comenzaron a despertarnos. —Vamos a ver la salida del sol —decía mamá. —¡Arriba, que tenemos que caminar un par de cuadras! —nos animaba papá.

Con los ojos medio cerrados, nos lavamos caras y dientes y nos cambiamos muy rápido. —¡Qué sueño! ¿Por qué el sol se despierta tan temprano, mamá? —pregunté. —El sol no se levanta, es la Tierra que se mueve y lo encuentra— me contestó. Eso era muy confuso para mí a esa hora de la madrugada, así que no seguí preguntando.

Llenos de sueño, con la matera y las sillitas en mano, llegamos a la playa. En el horizonte se podía ver luz, pero no se veía el sol. Armamos las sillitas, mamá preparó el mate y entre bostezo y bostezo, nos sacamos

algunas fotos. —¿Cuándo sale, papá? —preguntábamos. —El sol está quieto, somos nosotros los que nos movemos para poder verlo, así que tenemos que tener paciencia, porque nuestro planeta Tierra se mueve muy despacito —respondió papá. En un instante, justo donde termina el mar, una bola de color naranja comenzó a aparecer. Muy lentamente asomaba imponiendo su presencia. Nuestras caritas comenzaban a iluminarse con su luz. El sueño había quedado atrás, porque todos estábamos encantados con esa imagen increíble que nos regalaba el amanecer. El espectáculo duró sólo unos segundos. Sí, la salida del sol dura muy poquito tiempo. ¡Por eso, es un momento mágico!

Como el día se presentaba soleado, caluroso e ideal para la playa, volvimos a buscar todo lo necesario para pasarlo allí. Agarramos el tejo, el balde con las palitas, las paletas, y una pelota N° 5. Mamá preparó unos sándwiches,

frutas y agua. Papá llevó sillitas, sombrilla y conservadora.

Ese día, la playa estuvo llena de gente. Muchos de nuestros amigos y sus familias también decidieron pasar el día allí. Soplaba un viento suave y el chapoteo en el mar hacía bajar la temperatura del cuerpo.

Casi sin darnos cuenta, el sol comenzó a esconderse en el horizonte, del lado contrario al que había salido; y nosotros seguíamos ahí. Nuestros cuerpos se veían oscuros, sin sombras. A las risas de los niños y el sonido del mar, ahora se sumaban los chillidos de las gaviotas, que revoloteaban sobre la playa buscando algún pedacito de pan abandonado. Yo trataba de descubrir cuál sería la amiga de Juan, pero eran tantas y tan parecidas, que era imposible saberlo.

—¿Adónde se fue el sol, papá? —pregunté curiosa. —El sol no se fue a ningún lado. Somos nosotros que seguimos moviéndonos,

alejándonos de él— me respondió. —La Tierra gira durante 24 horas y en ese tiempo, se encuentra con el sol. En un ratito veremos como el sol ilumina a la luna.

Ese día tuvimos la compañía del sol por completo. Lo vimos asomarse en el horizonte, al este, y pudimos observar cómo se ocultó en el oeste. Lo vimos grande y naranja. Lo vimos chiquito y amarillo. Y lo vimos grande y rosado.

Cuando apareció la luna, en cuarto menguante, llegó la hora de dejar la playa. Nadie quería que ese hermoso día terminara. Sin embargo, mi papá hizo una pregunta: —¿Quién quiere tomar un helado? Todos a la vez dijimos: ¡Yo!, ¡Yo!, ¡Yo! Así que papá, con las sillitas y sombrilla en mano, nos llevó a la heladería de La Principal y nos compró un cucurucho gigante para cada uno.

LA PARTIDA

Aquella mañana parecía ser la más linda de todas las vacaciones. El sol irradiaba con una luz profunda. El canto de los pájaros, parecía oírse con más intensidad. El mar, sin embargo, se había acallado.

Durante el desayuno, papá nos propuso que aprovecháramos para despedirnos de los chicos, porque al día siguiente volveríamos a nuestra casa de la ciudad.

¡Cuántos sentimientos encontrados! Por un lado estaba contenta de volver a casa, pero por otro, me sentía triste de dejar a mis nuevos amigos.

De camino a la playa, lo pasé a buscar a Vincent, el perro lanudo, para que fuera conmigo. Corrimos, nos metimos en el



mar, nos revolcamos en la arena y hasta compartimos un sándwich.

Luego de almorzar, fui con Vincent hasta el Charco, para contarle a Juan que ese era mi último día de vacaciones. — ¿Ya te vas? ¡Qué lástima! —dijo él con voz triste. —Sí, a mí también me da lástima, pero sabía que este momento iba a llegar —respondí. — ¿Sabés qué quisiera, Juan? Conocer a la gaviota Graziana —confesé.

Para conocer a Graziana, fuimos caminando despacito hacia la laguna. Nos acomodamos en la orilla, tratando de no aplastar ningún cangrejo. —Ella está siempre con su familia y sus amigos —dijo Juan. — Tené paciencia, que en un rato, cuando pase algún bote pescador y todas las gaviotas salgan volando, te resultará fácil identificarla. Es la más perezosa del grupo y siempre es la última en levantar vuelo. ¡Parece que siempre tiene fiaca! —agregó entre risas. Esperamos

un rato y nada... Todas las gaviotas estaban muy cómodas, reposando sobre la orilla, del otro lado de la laguna. — ¡Atención, ahí viene un bote! —anunció Juan. En ese momento, abrimos bien grandes los ojos. Todas las gaviotas volaron, formando una estela hermosa en el cielo. ¡Miren abajo! —indicó Juan. ¡Sí! Ahí estaba ella. Lenta... como preguntándose: ¿Por qué tengo que salir a volar?

Vincent se tentó con asustarla, pero le pedimos que se quedara a nuestro lado, así la podíamos ver un poco más. Graziana, la *gaviota cocinera*, amiga de Juan, era muy bella. Tenía una manchita blanca en las plumas de la cola negra y la cabeza redonda como una pelota pequeña. Cuando al fin levantó vuelo, fue muy difícil identificarla. Todas las gaviotas son muy parecidas mientras están volando.

Le agradecí a Juan su gesto de presentarme a Graziana y también todo lo que me había enseñado en esos días. Me despedí con un abrazo fuerte y una promesa: volveríamos a vernos.

Acompañé a Vincent hasta su casa y también lo abracé. Él ladró y me saltó en agradecimiento por las tardes de juego en la playa.

Más tarde, mientras ordenaba mis cosas, sentí una alegría muy grande por todo lo que había aprendido en mis primeras vacaciones en la playa. Me iba más rica que cuando había llegado. Ahora tenía más amigos, mi propio caracol, sabía del comportamiento y el cuidado de muchos animales, que antes eran totalmente desconocidos para mí. Las enseñanzas de Juan, ahora eran mías y viajarían a la ciudad para compartirlas con mis compañeros.

Unas lágrimas traviesas se escaparon para rodar por mis mejillas bronceadas. No quería llorar, pero no pude evitarlo.

Al guardar el último juguete, pasó algo inesperado. Me invadió una inmensa alegría. ¡Toda la tristeza por la partida desapareció!

Ya sabía cuál era mi próximo sueño: ¡Regresar a Mar Chiquita!



GLOSARIO



Vincent, perro lanudo



Flamenco austral



Comadreja



Garza chiflona



Teru teru



Liebre



Tero real



Gaviota cocinera



Lechuza vizcachera



Gaviota cangrejera



Lisa

MI PROPIO DUENDE

(Dibujá tu propio duende)



Hornero en su nido

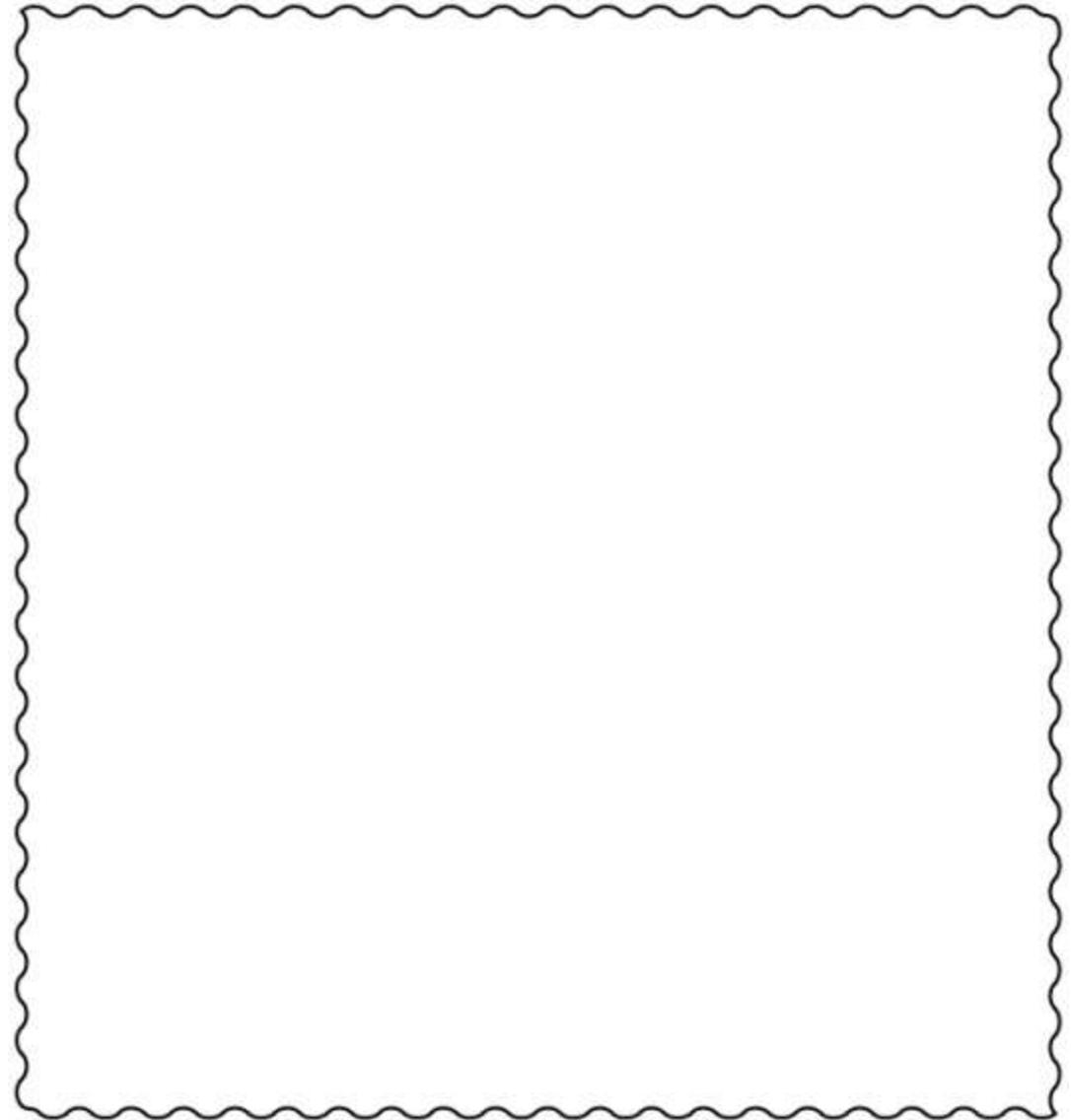


Cangrejo verde



Rana

Autor: _____



ÍNDICE

Prólogo.....	7
La llegada.....	9
¡Un amigo inesperado!.....	13
Cementerio de caracoles.....	19
¡Atención, terito cruzando!.....	23
El exquisito y el colado.....	27
Canción de las ranas.....	31
Fiesta en La Boca.....	37
Chifla, la chiflona.....	41
¡Amanecer, atardecer y helados para todos!.....	45
La partida.....	51
Glosario.....	57
Mi propio duende – (Dibujá tu propio duende).....	61

Se terminó de imprimir en Impresiones
Dunken Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos
Aires Telefax: 4954–7700 / 4954–7300
E–mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Noviembre de 2014